



**ONP**  
Oficina de  
Normalización  
Previsional

# Historias de un largo caminar



**ASEDH**

Asociación Educativa para el Desarrollo Humano



**Siempre  
con el pueblo**

# Siempre victoriosa

Victoria Inga

**A**penas terminado el colegio llegó a mí una cosa muy bella: EL AMOR. No la quise dejar pasar y entonces me casé. Pasado un año de feliz relación nació María Eugenia. Ser madre tan joven me hizo ver la vida de otra forma, y si hubiera una palabra para describir a esa etapa de mi vida sería responsabilidad.

Dos años después vino Óscar. Y aunque fue una etapa de luchas y aprendizajes, nunca abandoné mi sueño de ser maestra. Recuerdo que cuando nos reuníamos en grupo con las chicas del colegio nos preguntábamos ¿qué carrera vas a asegurar? “Ah, yo Educación Inicial”, respondía sin dudar. Pero después, y ya con dos hijos,

supe que el sueño tendría que esperar hasta que ellos crecieran.

Y así, el tiempo pasó rápido y ya con ellos adultos y el hogar establecido, me presenté a la universidad e ingresé... solo que ya tenía 50 años.

Recuerdo mi primer día. Entré al salón y miraba todo a mi alrededor. De inmediato entendí que empezaba otra etapa difícil para mí, pero asumí el reto diciéndome, “bueno, ahora toca poner alma, vida y corazón para finalmente graduarme”.

Ese mismo día surgió el sobrenombre con el que todo el mundo me conocería por siempre en la universidad: la Tía Vicky. Todo empezó cuando el profesor de Ciencias Políticas empezó a tomar lista. Al llegar a mencionar mi nombre, respondí fuertemente, “presente”. Él dejó de hablar, me miró y dijo, “tu nombre es muy largo, entonces solo serás Vicky”. Y como yo era la más mayorcita del salón, los compañeros me bautizaron como la Tía Vicky. Y desde ese momento me hicieron sentir como la protectora de toda la clase. Quedó demostrado que para mis compañeros yo era la líder cuando a la semana siguiente de haber empezado las clases tuve un problema con otro profesor. Él era muy estricto y si algún alumno llegaba apenas cinco minutos tarde, ya no lo dejaba entrar. Y cuando eso pasaba, a través de la ventanita que hay en la puerta lo veíamos mover su pulgar de un lado para otro diciendo “no”, a los tardones, y de inmediato les mostraba el reloj de pulsera que siempre llevaba en

la muñeca derecha. Eso hacía siempre con todos los alumnos que se retrasaban. Pero un día el tardón fue él. Pasaron quince minutos y el profesor seguía sin aparecer. Entonces todos mis compañeros me dicen:

—Tía Vicky, ¿qué hacemos?

—¿Ustedes me apoyan? —les pregunté yo.

—Sí, en todo lo que tú decidas —respondieron a coro.

—Bueno, cierran la puerta con cerrojo y todos en sus sitios con su libro sobre la carpeta.

Llegó el señor profesor y movió la perilla de la puerta, naturalmente esta no se abría. Vimos que por la ventanita de la puerta él hacía señas y moviendo los labios nos decía “¡abran la puerta!”. Entonces yo le hago señas mostrándole el reloj que yo también solía llevar y con los dedos le indico que lleva quince minutos de tardanza y que se vaya porque no le vamos a abrir. Su cara era de puro enojo. Y nos hizo señas de que nos iba a acusar con el rector por la acción tomada en contra de él. Se pasaron las dos horas que teníamos de clase con ese profesor y él nunca volvió. Eso nos desconcertó a todos. Algunos de mis compañeros comenzaron a decir cosas que me hicieron temer alguna sanción. Me decían que, aunque los profesores todavía no sabían bien nuestros nombres igual, él debe de haberse ido a quejar con el rector y con el Comité de Disciplina y cuando seguro le preguntaron “¿cómo se llama la alumna que te cerró la puerta?”, el diría

“no sé, pero sí me acuerdo que tiene un mechón blanco en la cabeza”. Y es que siempre tuve un mechón blanco como lunar en el pelo. Me fui a mi casa y no dejé de pensar en eso. Al día siguiente, y apenas llegué al salón, las chicas me recibieron dándome la noticia que algunas personas entraron al aula y miraron a todos como si buscaran a alguien, por eso me dieron una gorra, otras un turbante para que me cubra el cabello, en especial el mechón. Incluso algunas dijeron si podía teñirme era el pelo.

No pasó mucho tiempo y me avisaron que me llamaban de la Dirección Académica. Y allí me esperaba el señor rector.

—Buenas tardes, alumna —fue lo primero que me dijo al verme entrar.

—Buenas tardes, señor rector —le contesté yo un poco nerviosa.

—Tome asiento.

—Gracias —le dije y me senté en la silla que estaba justo frente al escritorio donde él estaba.

Subió la voz y dijo:

—Estoy informado de lo que pasó, que no tuvieron clase.

—No, no se dictó la clase —respondí yo.

—Así que usted es la Tía Vicky.

—Sí, la Tía Vicky. Y fue el profesor de Ciencias Sociales quien me puso ese sobrenombre porque dijo que Victoria le sonaba muy largo.

—Dígame, ¿por qué hizo eso? —me preguntó el rector.

—Es que el profesor cierra la puerta cuando alguien llega tarde...

—¿Y eso está mal?

—No está mal, pero debe ser igual para todos, él tiene que dar el ejemplo y llegar temprano —le contesté.

—¿Crees que mereces una sanción por haberle cerrado la puerta al profesor?

—No sé, usted es la autoridad.

—Te he llamado no para darte una sanción. Al contrario, te felicito por la acción que tomaste.

—Gracias —se escuchó bajita mi voz, por los nervios que me daba oír lo que él decía.

—Eres un ejemplo para todas tus jóvenes compañeras.

—Muchas gracias —me sentía más tranquila.

—Eso es todo, Vicky. Puedes irte.

—Adiós, señor rector.

Llegué al salón temblando de emoción. Mis compañeras me abrazaron alegres.

Y así, ya sin tensiones los días fueron pasando. Hasta que...

Nos tocó la clase con el profesor que me fue a acusar con el rector. Él entró al salón muy serio y me dijo:

—Hola, Vicky, ¿podemos salir a conversar un momento?

Me sentí morir. Caminamos hacia el fondo del pasadizo. Y entonces allí él empezó a hablar:

—Tienes coraje, Tía Vicky... ¿por qué te has teñido tu mechón? Con él me hacías recordar a la Tongolele.

Yo sonreí. Y él siguió hablando.

—Te pido disculpas, me equivoqué. Yo estoy acostumbrado a dar clases a alumnos hombres, por eso fui un poco rudo.

—Profesor, entonces no pasó nada, tal vez yo también me sobrepasé.

—No, está bien, te has ganado el cariño y el respeto ya de casi toda la universidad.

—Ay, gracias, profesor.

Y ese incidente me hizo casi famosa en la universidad, hasta el día que me gradué...

La doctora encargada de acomodar a los asistentes y a los padrinos de los graduantes, me preguntó que adónde están mis padrinos. Yo le respondí:

—Abajo, en el salón —le señalé con el dedo a las personas que yo había elegido como mis padrinos.

—¡Pero ellos son niños! —me respondió ella sorprendida después de mirar adonde yo señalé.

—Sí, esos dos niños son mis padrinos —ella sonrió pensando que era una broma.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—No, no estoy bromeando; son mis padrinos.

—Ay, Tía Vicky, hasta el final tú eres diferente.

—Gracias —le dije y tomé su comentario como un halago.

Ese día lloré de alegría y le di las gracias a todos mis profesores. Todos firmaron mi álbum de pergaminos con hermosas dedicatorias. Y por supuesto, gracias a papá Dios que me ayudó a que se cumplieran todos mis sueños.